

El sufrimiento como condición necesaria para la
acción. Introducción al pesimismo de Emil Cioran

Suffering as a necessary condition for action.

Introduction to Emil Cioran's pessimism

Paula Román Cañamero

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

En el presente artículo se realiza un bosquejo de algunas obras y vivencias del pensador rumano Emil Cioran que están vertebradas por la experiencia del dolor existencial como elemento indispensable y previo a la acción, en la medida en que una experiencia capital del sufrimiento puede conmover, transfigurar al ser humano e impulsarlo para cometer determinadas acciones, tanto políticas como personales.

Palabras clave: Cioran, pesimismo, sufrimiento, fascismo, transfiguración.

ABSTRACT

This article outlines some of the works and experiences of the Romanian thinker Emil Cioran which are structured by the experience of existential pain as an indispensable element and prior to action, to the extent that a capital experience of suffering can move transfigure the human being and encourage him to commit certain actions, political and personal.

Keywords: Cioran, pessimism, suffering, fascism, transfiguration

Consideraciones previas. Simbiosis entre vivencias y escritos



entro del pensamiento de Emil Cioran, de gran complejidad y también de suma importancia, son más conocidos sus escritos parisinos en los que se vuelcan preocupaciones de tono existencialista y a veces incluso nihilista. Sin embargo, hasta la década de los años cincuenta del pasado siglo sus motivaciones daban cuenta e intentaban responder a una inquietud antropológica a la par que política.

Aun siendo tarea compleja realizar una descripción completamente clara del contenido de sus escritos, a menudo fragmentarios y sembrados de metáforas e ironías, en el presente texto se va a recoger un bosquejo general del elemento que puede ayudar a entender mejor su obra porque lo atraviesa por completo. Este elemento no es otro que el sufrimiento (físico y antropológico). De modo que debemos preguntarnos —y dar respuesta— a los siguientes interrogantes: ¿es necesaria la incomodidad interior para que un individuo se decida a crear nuevos valores políticos o religiosos? ¿Puede albergar el pesimismo filosófico alguna fuerza movilizadora para el cambio?

Dado que su producción intelectual está íntimamente vinculada con sus vivencias más personales, aludiré significativamente a hechos biográficos de Cioran, comenzando por unos breves apuntes sobre sus orígenes.

Cioran nació en 1911 en Rășinari, una población del condado transilvano de Sibiu (Rumanía), que por aquél entonces pertenecía al Imperio austrohúngaro (1867-1918). Hijo de Emiliano Cioran (un sacerdote ortodoxo) y Elvira Cioran, el mediano de tres hermanos, recuerda su infancia en las montañas de los Cárpatos como la época más feliz de su vida. Debo hacer un pequeño inciso y mencionar que Transilvania es una de las naciones más antiguas de entre las que conforman Rumanía, pero hasta 1918 no pasó a formar parte de ella. Previamente había estado supeditada al Imperio otomano y posteriormente al Imperio austrohúngaro, por lo que era natural que surgieran movimientos y deseos de autodeterminación que se materializaron en el ensalzamiento étnico de la población, y de Transilvania como un lugar idílico, paradisíaco. Cioran participó de esa herencia, y llegó a decir respecto a su estancia en Sibiu que *«si la palabra paraíso tiene algún significado, entonces debe aplicarse a ese periodo de mi vida no siendo el resto más que un deslizamiento progresivo fuera de esa plenitud inaugural»* (Liiceanu, 1995, p. 10).

A consecuencia de que, en 1921 y a la edad de 10 años, fue obligado a marchar de ese paraíso e instalarse en Sibiu para continuar sus estudios, comenzó a padecer insomnio. Tenemos en este periodo (de 1921 a 1927) las dos primeras conmociones que

experimenta Cioran y que son claves para entender su pensamiento. En este punto podemos establecer un símil entre los prematuros acontecimientos de su vida y el esquema bíblico del pecado original: en primer lugar, tenemos la expulsión de su *espléndido Rășinari*, el abandono forzado de sus orígenes más terrenales, históricos y genealógicos. Tras esta primera conmoción, su estancia en Sibiu acompañada de los desvelos reiterados le empuja a la caída, pues en esos desvelos descubrió la inanidad de la filosofía.

Cioran había comenzado a leer a pensadores como Kant, Schopenhauer o Dostoievski a los 15 años. Más tarde se matriculó en la Universidad de Bucarest (1928-1932) para doctorarse en filosofía con una tesis sobre Henri Bergson. Pero todas esas lecturas que antaño le suscitaban interés y sembraban la posibilidad de poseer la Verdad, pudiendo desvelar así el sentido de todo cuanto acontece, se mostraban ahora inertes, inánimes. Sus intentos por intentar llenar la Nada que subyace a lo que existe, por «*reducir lo irreductible*» a conceptos, eran intentos absurdos y contrarios a la realidad más inmediata. Dicho rechazo quedará descrito así en sus obras, como por ejemplo en el *Breviario de podredumbre*, donde dedica varios epígrafes a la incapacidad de la filosofía, preguntándose «¿Quién no está expuesto, por sorpresa o por necesidad, a un desconcierto irrefutable, quién no levanta entonces las manos en oración para dejarlas caer a continuación más vacías aún que las respuestas de la filosofía?» (Cioran, 1977, p. 65).

Siendo así, para Cioran, el formalismo, la imposición lógica y las abstracciones conceptuales no nos dicen nada. Lo que verdaderamente describe y define la existencia es la incomodidad interior, el estar presos de una tensión interior que nace de y en la soledad y los desvelos. Cioran sufrió esa tensión entre 1926 y 1927, y fue una conmoción gravísima. En ese momento, dirá, «se apodera de ti sin la menor preparación un sobrecogimiento inmediato. El ser se ve sumido en una plenitud extraordinaria o, mejor dicho, en un vacío triunfal. Fue la experiencia capital, la revelación directa de la inanidad del todo» (Cioran, 1997, p. 136).

A partir de ese momento, su vida estará llena de conmociones que intentará hacer extensibles a sus coetáneos rumanos primero y a sus textos parisinos después.

Segunda conmoción: culmen de su maduración como reaccionario

Durante su estancia en Bucarest, tuvo sus primeros contactos intelectuales con la Guardia de Hierro (*Gard de fier*). Un movimiento nacionalista asentado ideológicamente en el fascismo y la religión ortodoxa, que triunfó ligeramente en el periodo de entreguerras. Como se ha indicado anteriormente, toda Rumanía estaba supeditada social, cultural y

políticamente al Imperio austrohúngaro, y el descontento por la falta de identidad propia marcaba a algunos estratos de la sociedad. Siendo así, movimientos como la Guardia de Hierro constituían una suerte de esperanza rectificadora y salvífica de la situación, por lo que es entendible que un joven reaccionario como Cioran se mostrase aún a algunos aspectos teóricos de este.

Así las cosas, el sentimiento de indignación ante la pasividad de sus coetáneos, esa falta de espíritu le llevará a sentir fascinación por el nazismo que presencié en su viaje a Berlín en 1933. Fascinación que hará a Cioran ensalzar los aspectos estéticos del nacionalsocialismo y no tanto su ideología.

En una entrevista dada durante sus últimos años de vida, cuando le preguntaron si se sentía identificado con el fascismo, Cioran afirmó que «sí, pero no eran sus ideas lo que me interesaba, sino más que nada su entusiasmo [...]. Lo que me interesan en ese caso son los alemanes, no los nazis. [...] Mi punto de vista siempre ha sido estético y no político» (Cioran, 1997, p. 137).

Tras una estancia de dos años en Berlín regresa a Rumanía donde contempla un panorama que le *transfigura* internamente, provocándole una revelación casi mística que materializa en un texto reprochador e incendiario que lanza hacia sus coetáneos. El horizonte histórico de su nación está plagado de conformismo a consecuencia del individualismo y la falta de espíritu religioso. Esta comodidad pasiva ha socavado la capacidad de crear nuevos valores, frente a aquellas naciones que poseen orgullo propio y son protagonistas de la Historia (como Alemania durante el nazismo o Francia con sus múltiples revoluciones).

Y es que, según entiende Cioran, si estas naciones se han situado en la primera fila del horizonte histórico es porque actuaron como un organismo vivo¹, porque no abrieron una brecha entre sus valores —religiosos, políticos...— y aquellos individuos que los han creado. En otros términos, los intelectuales rumanos no son originales en la medida en que prefieren repensar las ideas anteriores a su tiempo y provenientes de otras mentes antes que salir del regazo de lo ya dado, de lo prototípico y dar origen a nuevos valores que hagan a Rumanía un hueco en la Historia. Y la «culpa» de esa falta de originalidad y espíritu

¹ Cioran se vio influido por Oswald Spengler y su obra *La decadencia de Occidente (Der Untergang des Abendlandes)* publicada entre 1918 y 1922. En esta obra, Spengler postula un modelo histórico según el cual es viable hablar de organismo cultural (en vez de *sistema cultural*) el cual tiene una determinada esperanza de vida y un sino predecible. Así dirá: «yo veo en la historia universal la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento y perecimiento de formas orgánicas. El historiador de oficio, en cambio, concibe la historia a la manera de una tenía que, incansablemente, va añadiendo época tras época» (Spengler, 1966, p. 19).

es consecuencia de la Modernidad que ha hecho de la pasividad una actitud, pero dirá Cioran (1997, p. 168) que «*la pasividad no podría ser un desenlace*».

Por lo que, decidido a movilizar y transfigurar a sus coetáneos escribe *Transfiguration de la Roumanie* (1936) donde alude a *la tragedia de las culturas pequeñas*² y recalca el orgullo herido y el complejo de inferioridad del que naciones como Rumanía o Serbia han sido presas, siendo denominadas formas menores de la vida histórica, en las que el futuro no puede concebirse sin un ejemplo (Cioran, 2009).

Para estas, no haber tenido relevancia ni política ni culturalmente se debe a que siempre han estado supeditadas al Imperio austrohúngaro, siendo imposible la autodeterminación. Este ambiente de insatisfacción provocó la gestación de movimientos reaccionarios ante *la camisa de fuerza* que este dominio implica. Sin embargo, Cioran no albergaba muchas esperanzas en su nación, y les dirigía estas palabras en *Soledad y Destino*: «[...] nosotros, los rumanos, jamás seremos artífices de una gran cultura, que nos mantendremos a la sombra de la historia, en un anonimato estéril y mediocre» (Cioran, 2019, p. 133). No entraré en profundidad en ese texto, pero es arquetípico para entender la visión que Cioran tenía sobre el lugar de su país dentro del devenir histórico.

Frente a la indiferencia y pasividad del individuo, Cioran demanda la necesidad de que los intelectuales alberguen un espíritu religioso, un espíritu que tiene «un deseo de absoluto, un deseo de abrirse a lo ilimitado, de romper el opresivo orden de unas formas de vida estrechas, de superar lo relativo y lo histórico» (Cioran, 2019, p. 8). Cioran —como es habitual— no deja nada escrito que refiera concretamente a lo que entendía por espíritu religioso. No obstante, a partir de sus obras se puede dilucidar que se refiere a una suerte de sensación interna, de comunión entre individuos que tienen un mismo fin. Habla de espíritu desde el marco de la ortodoxia en el que creció y por el que se vio notablemente influenciado, pero toma distancia en lo referente a la praxis religiosa y la creencia teísta. Cuando demanda la necesidad de que sus coetáneos se vean afectados por ese *espíritu* de creación, quiere decir que están anulados, indiferentes, mortificados. Necesitan ser vivificados. Y esto solo es alcanzable mediante una transfiguración.

El relativismo histórico y la distancia con su propia historia son los que han provocado una pérdida de sentido en el hacer en tanto que pensamiento y en tanto que actividad. El interés por la historia es síntoma de decadencia porque supone la supresión del espíritu creador y su sustitución por una aprehensión extensiva, a la comprensión de sí

² Estas ideas también aparecen en *Soledad y destino*, un conjunto de textos escritos entre 1933 y 1944 cuya lectura recomiendo encarecidamente.

mismo, a la caída retrospectiva en el mundo (Cioran, 2009). El historicismo ha aniquilado todo espíritu absoluto que lejos de progresar e irse superando, se aleja y examina como un extraño de sí mismo. Esa es la carencia que ha impedido a Rumanía entrar en la Historia: la de la inclinación ciega y primordial, ese impulso que vio en el nazismo, en la Revolución Francesa y también en España, y que llevaron a estas naciones a proyectarse irremediabilmente en el umbral universal. Oswald Spengler influenció a Cioran; este primero afirmaba que «¡Cultura y civilización, esto es, un organismo nacido del paisaje y un mecanismo producto del anquilosamiento! El hombre culto vive hacia dentro; el civilizado, hacia fuera, en el espacio, entre cuerpos y hechos» (Spengler, 1966, p. 263).

Llegados a este punto, es conveniente detenerse brevemente en la etapa de contacto entre Cioran y la Guardia de Hierro. Cuando este se encontraba en Bucarest haciendo su tesis doctoral comenzó a frecuentar clubes y espacios donde se reunían jóvenes que veían que su país estaba en manos de extranjeros y sus puestos de trabajo peligraban. En este ambiente de descontento y crispación se fue organizando un movimiento político (la *Legión De San Miguel Arcángel*) y posterior milicia conocida como *Gard de fier*, que si bien tuvo una corta existencia (1927-1941) supuso un impacto en la vida del joven Cioran por dos razones: la primera es que en las bases ideológicas del movimiento se encontrase un fervor religioso digno del nazismo. Este fervor demandaba la necesidad de un mesías (Comeliu Zelea Codreanu, Adolf Hitler...) que encabezase la misión de salvación y un grupo de fieles que sientan con su espíritu la necesidad de hacer a Rumania un hueco en la historia, rompiendo la camisa de fuerza que la retiene desde hace siglos. Así lo afirmará en 1977:

Lo que hoy me lleva a la desesperación más profunda es que Occidente ya no cree en sus propios valores y en su misión. En la vida, tanto en el plano individual como en el plano público, el hombre debe tener confianza en sí mismo, aunque sobreestime sus capacidades. (...) Los individuos –y también las naciones– necesitan cierta megalomanía. Cuando no nos creemos excepcionales, importantes, irremplazables, estamos perdidos. (Cioran, 1996, p. 151)

El segundo hecho fue la presencia ideológica de ese ímpetu que, rebasando las fronteras propias de la religión como creencia y práctica, debía instalarse también en la esfera de la interioridad y el pensamiento. El ímpetu, nacido en el sufrimiento de una nación esclava y perdida, debía transformar al sujeto desde la comodidad de la quietud y lo estático a la incomodidad de la tragedia y lo efímero. La Guardia de Hierro partía ideológicamente del esquema bíblico del Paraíso, la Caída y la Redención, porque entendían que Rumanía

había perdido su independencia (cultural, política, etc.) —paraíso y posterior caída— y solo a través de la experiencia de ese sufrimiento provocado por la caída y su ascensión, su digestión, es posible una redención para el país.

Escuchad a los alemanes y a los españoles justificarse: harán resonar a vuestros oídos siempre el mismo estribillo: trágico, trágico... Es su modo de hacernos comprender sus calamidades o sus estancamientos, su manera de realizarse...

Mientras que en los Balcanes oiréis a propósito de todo: destino, destino... Así disfrazan sus tristezas inoperantes los pueblos demasiado cercanos a sus orígenes. Es la discreción de los trogloditas (Cioran, 1983, p. 26).

Así, para cambiar la situación es preciso que la población sea capaz de albergar un espíritu religioso, ligado a la experiencia de la tragedia, que los lleve a experimentar un éxtasis místico donde se les revele esa convicción de que *todo es nada*. El convencimiento y la experiencia de lo efímero e insustancial de toda acción y todo pensamiento es la única forma de tener fuerzas para cambiar las cosas pues «[...] una cultura no se individualiza en la historia sino mediante las creaciones, cuyo nacimiento es inconcebible fuera de una subjetividad ansiosa y atormentada» (Cioran, 2019, p. 132). La experiencia de la nulidad del todo ha de servir como punto de partida porque si todo es transitorio ¿por qué hemos de encasillarnos en una parcela de insatisfacción permanente? Si todo es en vano, también el sufrimiento es absurdo y por eso hay que luchar por alejarlo.

Esta afirmación parece denotar cierto nihilismo, pero nada más lejos. Se trata de un pesimismo que invita a la acción porque sitúa al individuo en la incomodidad, en la tristeza y el hastío. Una vida sin tensión interior ni conflictos, sin sufrimiento e intranquilidad e inserta en moldes fijos que no contemplan variación... Esa vida es una caricatura. Todo lo escrito por intelectuales que así viven no poseen «ni una sola página de sinceridad profunda, en la que el hombre se enfrenta» (Cioran, 2019, p. 11). Encuentra en el radicalismo y el fanatismo religioso cierta vía de escape ante la insoportable conciencia de su finitud, sobre la que había reflexionado largo y tendido en sus insomnios pues «la acción como fin en sí misma es el único medio de volver a la vida» (Liiceanu, 1995, p. 22). Frente al conformismo, visión de cambio; frente al orgullo herido, una cura de relevancia histórica; frente al individualismo, comunión espiritual nacida de experimentar el sinsentido.

Como se mencionó anteriormente, esa aspiración no ha sido consumada porque falta el sustrato orgánico e irracional que sí contiene el nazismo y la visualización del objetivo común en la población. El pueblo rumano se ha acomodado en la «tranquilidad de una existencia burguesa» que carece de luchas internas, conflictos y perspectivas futuras. Y para

Cioran lo que debe caracterizar al pueblo es precisamente lo contrario: «el temor al equilibrio, a la tranquilidad, el miedo a entrar en formas y moldes inamovibles, que constituyen una muerte prematura». Pero hay que indicar que esa caracterización que Cioran hace de la interioridad del sujeto nunca rebasa la subjetividad para formar una ideología política. Pues a pesar de sus afinidades con la Guardia de Hierro en escritos posteriores de entre 1933 y 1944 se mostrará contrario al bipartidismo político (conservadores y reaccionarios), ya que entiende que el optimismo y la fe ciega en que a través de la organización política todos los conflictos del individuo y la sociedad quedarán subsanados, es contraria a la verdadera naturaleza del impulso del cambio.

Para Cioran, la Rumanía de aquel entonces no necesitaba un rescate basado en la guerra ideológica ni la asociación colectiva. El problema era que, por un lado, el historicismo había desplazado el origen de todo conflicto desde la antropología a la ideología, y, por otro lado, el hombre moderno, con su acción y optimismo, estaba tan inserto en su propio devenir que no era capaz de extraerse de ese flujo, enajenarlo y reflexionar sobre él. Dicho en palabras de Cioran (2019, p. 127-128) él no cree en ninguna doctrina porque «el imperativo de la historia no puede anular una perspectiva antropológica según la cual la fuente de la inconsistencia del mundo social e histórico no reside en la insuficiencia de los sistemas ideológicos como tal, sino en la irremediable insuficiencia del hombre y de la vida»

Tercera conmoción: ruptura con su patria y su perspectiva política.

En este punto de su vida, cerca de 1937, decidió viajar a París con la intención de establecerse como becario y así finalizar sus estudios doctorales que comenzó en Bucarest en 1928. Pero una vez en tierras galas, se dedicó a recorrer el país en bicicleta, durmiendo en albergues y desentendiéndose de sus obligaciones académicas. En 1947 fue víctima de una nueva conmoción, esta vez lingüística, mientras traducía al rumano una obra de Mallarmé y como fruto de esta experiencia cuasi mística se decidió a repudiar no solo sus afinidades teóricas pasadas sino también de su lengua natal y nación. Para Cioran, «escribir en una lengua extranjera es emanciparse, es liberarse del pasado propio» (Cioran, 1997, p. 109) pero esa emancipación no fue fácil ya que aprender a leer y escribir francés supuso todo un reto ya no sólo por las dificultades que la adquisición de esas capacidades implica, sino también porque el rumano parecía retratar fielmente la crudeza de sus palabras mientras que el francés no poseía la misma rudeza y carecía por tanto del elemento impactante de unas palabras certeras y *desmetaforizadas*.

A partir de ese momento, comenzó a considerarse un apátrida y a partir de 1949 acabó confirmando lo que sus desvelos de juventud le venían susurrando y es que «el hombre es el ser delirante por excelencia, presa de la creencia de que algo existe [...]. La realidad es una creación de nuestros excesos, de nuestras desmesuras y de nuestros desarreglos. [...] Pues la vida se crea en el delirio y se deshace en el hastío» (Cioran, 1977, p. 30-31). Incluso en una carta a su hermano Aurel llegó a sentir rechazo ante su producción de juventud —concretamente hacía *La transfiguración de Rumanía*— al darse cuenta de que su afinidad hacia cierta tendencia ideológica y su participación intelectual en un intento por revivir a Rumanía no respondía más que a una *mera agitación*, pues al final toda implicación en asuntos temporales solo es fruto de los afectos³.

Es por eso por lo que la producción intelectual de Cioran es clasificable en dos periodos, al igual que la wittgensteiniana, entre sus obras rumanas que abarcan desde *En las cimas de la desesperación* (1933) hasta *Lágrimas y santos* (1937) donde se consideraba en cierto modo un patriota y en sus obras parisinas que se inauguran con *Breviario de podredumbre* (1949) hasta sus últimas obras, como *Historia y utopía*⁴ (1960) donde impera un estatuto apátrida y metafísico. Así, diría posteriormente en una entrevista que es «jurídicamente apátrida y eso corresponde a algo profundo, pero no ideológico ni político, es mi estatuto metafísico. Quiero carecer de patria, de identidad» (Cioran, 1997, p. 102).

Con todo, a pesar de afirmar en las *Conversaciones* que se había alejado de todo aquello que le colmó en su juventud, la inquietud originaria de sus palabras y reflexiones se mantenía intacta. Y es que Cioran es un pensador que escribe desde y por las entrañas por lo que intentar buscar en su obra una cierta corporeidad al margen de sus vivencias y emociones es absurdo e induce a la incomprensión de la misma.

Por otro lado, esa escisión que mencionaba anteriormente no es total y limpia porque encontramos resquicios del joven Cioran en sus escritos parisinos, por ejemplo, cuando afirma que su estatuto es metafísico cuando demandaba la conciencia absoluta y el espíritu religioso a sus coetáneos, porque «la metafísica entraña una reflexión transhistórica. Se ocupa de la esencia, de lo inmutable. Trasciende lo temporal, *no avanza*» (Cioran, 1997, p. 172) por lo que siempre tuvo ese deseo de ubicarse en un plano teórico-existencial que trasciende lo temporal, que abandona el relativismo histórico, cultural, religioso y político. Y ese plano no es otro que la inclinación reiterada a la negación y el goce por el no, el

³ La cita textual sería la siguiente: «A veces me pregunto cómo pude escribir *La transfiguración de Rumanía* [...] Cualquier participación en las vicisitudes temporales es mera agitación» (Liiceanu, 1995, p. 24).

⁴ La obra contiene textos diversos que Cioran escribió pero que en ningún caso agrupó bajo ese título. Se trata de una agrupación ajena a las intenciones literarias del autor.

asumir que el sinsentido opera en todo cuanto existe y que, por ende, frente al estancamiento vital e ideológico, debemos desarrollar un escepticismo moderado y la capacidad para cambiar de parecer, de no habitar permanentemente una postura.

Para Cioran, el entusiasmo exacerbado propio de las bestias da pie a la intransigencia ideológica y aniquila toda neutralidad ya que a consecuencia del fanatismo el ser humano inocular en su vida esas ideas y «proyecta sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, adopta figura del suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado» (Cioran, 1977, p. 19). Su acercamiento a cuestiones de índole política mudará a lo largo de su vida desde el centro de la acción —posturas reaccionarias muy próximas al fascismo rumano— al margen de toda praxis política, en beneficio de la exclusiva reflexión filosófica sobre cuestiones políticas. Sin embargo, este no-posicionamiento no es un corte limpio. Cioran, aunque rechazó sus *excesos de juventud* no se opuso frontal y abiertamente contra ningún tipo de radicalismo ideológico, menos aún contra la Guardia de Hierro.

Si bien es cierto que su neutralidad pretendida parece aliviar la tendencia a ciertos extremos, el caso es que, al mostrarse crítico con la democracia, no quedan bien definidos los límites de su postura. Supongo que se debe precisamente a su premisa vital del no posicionamiento o, mejor dicho, del posicionamiento en la reiterada negación.

Y como he mencionado anteriormente, el desapego a lo político y lo filosófico también lo hará desde el lenguaje, pues para Cioran «no se habita un país, se habita una lengua» (Cioran, 1987, p. 28). Partiendo de esa afirmación, el lenguaje filosófico con su formalismo y estética al buscar reducir lo irreductible a un concepto vacío, aniquila toda fuerza subjetiva y emancipatoria. Por eso al establecerse en Francia deja de lado el desarrollo argumental y se centra en escribir solo el fruto de sus pensamientos. A través de la escritura no pretende decirle a nadie cómo pensar ni dónde afiliarse, sino liberarse a sí mismo de esa agitación interior propia de los intelectuales y que antaño demandaba. Siendo así los acontecimientos, algunos estudiosos de su figura confirman la escisión entre el Emil Cioran que escribía en rumano y con cierta extensión literaria y argumental, y el que firmaba con una M de Michel, escritor de aforismos centrado en mostrar ya no un análisis exhaustivo del proceso que le ha llevado a tales afirmaciones, sino el resultado de dicho proceso. Ese resultado no es más que la batalla interior únicamente tratable y soportable gracias a la escritura, que pasó a tener un fin terapéutico.

La base de la vida interior comporta una tragedia dolorosísima, que consiste en el antagonismo entre las tendencias a enquistarse, a realizar y cumplir un destino interior, que es igual a la muerte, y las aspiraciones del hombre a renovar permanentemente el

contenido de su vida espiritual, a mantenerse en una continua fluidez, a rehuir la muerte. (Cioran, 2019, p. 11)

Así, tras una existencia atormentada pudo establecerse en una buhardilla en el Barrio Latino y dedicarse única y exclusivamente a su sanación ya que desde su habitar en la negación rechazaba toda intención de bosquejar alguna Verdad o solución definitiva, ya fuera dentro de la filosofía, la moral o la política. Afirma así en *Ese maldito yo* que «no deberíamos hablar más que de sensaciones y de visiones: nunca de ideas –pues ellas no emanan de nuestras entrañas ni son nunca verdaderamente *nuestras*» (Cioran, 1987, p. 69).

Consideraciones finales: Recapitulación

A modo de síntesis de las ideas presentadas, se ha visto cómo la vida del filósofo está íntimamente vinculada a sus escritos, cuya forma y contenido dan cuenta de un sufrimiento que le atraviesa y del que, por otro lado, no reniega. La condición sufriente del ser humano parece encontrar en Cioran un lugar donde hospedarse frente a todas aquellas maneras de entender el sufrimiento que buscan alejarlo, maquillarlo y eliminarlo de la ecuación vital.

Tres son las conmociones que vertebran su vida: la primera de ellas es la expulsión de esa tierra paradisíaca escondida entre Los Cárpatos y cuya estancia recuerda como el único periodo en el que fue realmente feliz. La segunda se trata del desarrollo de un trastorno del sueño ocasionado por la vida en la ciudad de Sibiu y sus ritmos frenéticos y ruidosos de vida que nada tenían que ver con los del mundo campesino. La tercera y última conmoción fue la revelación que experimentó mientras traducía una obra francesa al rumano.

A través de la selección de obras y citas he querido resaltar precisamente cómo el sufrimiento que experimenta le lleva a determinadas acciones y elecciones teóricas, pasando por su afinidad a ideologías fascistas que queda retratada en obras como *La transfiguración de Rumanía*, *En las cimas de la desesperación* o en fragmentos de *Soledad y destino* hasta llegar a la asunción de un escepticismo radical ante todo aquello de lo que podemos estar convencidos que retrata en *Breviario de podredumbre*, *Ese maldito yo*, *Conversaciones* y *Contra la historia* entre otros textos.

Asimismo, he incidido en la cuestión de la escisión en su obra, al igual que sucede con otros pensadores como Wittgenstein, donde se puede apreciar una dualidad de formas de entender un determinado objeto de estudio. En el caso de Cioran, además, esa dualidad

viene reforzada por el cambio de residencia e idioma y su rechazo explícito a todo cuanto escribió y a todo aquello a lo que ideológicamente era cercano.

Cioran falleció en 1995 a consecuencia de la enfermedad del Alzheimer y dejó tras de sí una extensa variedad de textos, más y menos aforísticos que daban cuenta de la vida que vivió y también de su compromiso con, precisamente, la vida atormentada de la que había sido preso desde bien joven. Creo que en toda persona debería leerle en algún momento de su vida porque consiguió precisamente lo que buscaba, consiguió conmocionar a sus lectores y crear un “espacio” en el que podemos hallar palabras que nos describen, que describen alguna vivencia que nos ha impactado y transfigurado como personas.

El pesimismo de Cioran incita a la acción y a la elección, pero son acciones y elecciones originadas e intencionadas al escepticismo radical y al no habitar nunca un punto determinado del tiempo, de la historia y de las ideas. El ser humano ha de estar en continuo sufrimiento existencial porque la incomodidad de una astilla clavada es la única motivación que este tiene para estar en un *perpetuum mobile*, desconformándose con todo porque todo está rebosante de vacuidad pues «el pesimista debe inventarse cada día nuevas razones para existir: es una víctima del *sentido* de la vida» (Cioran, 1983, p. 23).

Bibliografía

CIORAN, E. M. (1977) *Breviario de podredumbre*. Traducido por Fernando Savater. Madrid: Taurus.

—(1983) *Contra la historia*. Traducido por Esther Seligson. Barcelona: Tusquets Editores.

—(1987) *Ese maldito yo*. Traducido por Rafael Panizo. Barcelona: Tusquets Editores.

—(1996) *El libro de las quimeras*. Traducido por Joaquín Garrigós. Barcelona: Tusquets Editores.

—(1997). *Conversaciones*. Traducido por Carlos Manzano. Barcelona: Tusquets Editores.

—(2009). *Transfiguration de la Roumanie*. Traducido por Alain Paruit. Paris: L'Herne.

—(2019). *Soledad y destino*. Traducido por Christian Santcroce. Madrid: Hermida Editores.

LIICEANU, G. (1995). *E. M. Cioran. Itinerarios de una vida. Los continentes del insomnio*. Traducido por Eva Calatrava. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

SPENGLER, O. (1966). *La decadencia de Occidente* (Vol. I). Traducido por M. G. Morente. Madrid: Espasa-Calpe.